

LA ILUSTRACION,

PERIODICO UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Numero suelto 4 rs.

NUM. 314.—LUNES 5 DE MARZO DE 1853.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

REVISTA UNIVERSAL.

Religion. En Cerdeña se ha llevado á cabo la completa extincion de las comunidades religiosas. Han sido exceptuadas de esta disposicion las hermanas de la Caridad, las corporaciones destinadas preferentemente á la enseñanza pública, predicacion y asistencia de los enfermos, que se designarán nominalmente.

—Los jesuitas que en clase de misioneros recorrian el gran ducado de Baden han sido definitivamente espulsados de este Estado por disposicion del gobierno. Dos de ellos que habian sido llamados por el arzobispo de Friburgo para la predicacion de Cuaresma, recibieron órden de partir al instante. El arzobispo ha escrito al principe regente. No se sabe cuál será el resultado de esta nueva gestion: lo cierto es que los padres se estaban disponiendo para sa ir.

—Un individuo de la familia del emperador de los franceses que no hace mucho se dedicó á la carrera eclesiástica, se le nombrará para una alta dignidad y muy pronto será cardenal.

—Un profesor de sanidad del ejército francés en Oriente, al dar á un colega suyo en Austria detalles acerca de la organizacion de los hospitales franceses en la Crimea y los trece establecimientos en Constantinopla, que cuentan hasta 10,000 camas, dice aun para terminar: «No puedo finalmente prescindir de hacer mencion especial de los extraordinarios servicios que han prestado y prestan las dignísimas hermanas de la Caridad en la asistencia de los heridos y enfermos: así es que el guerrero francés, penetrado de admiracion y gratitud, las llama *sœurs angéliques* y *santas femmes*, denominaciones á que son acreedoras por su ardiente caridad y amor á las desgracias.»

—Al tratarse en la Cámara de diputados de Cerdeña la cuestion relativa á la supresion de los conventos, obraron sobre la mesa exposiciones en contra: de 64 conventos, de 2 superiores de corporaciones eclesiásticas, de 31 sacerdotes seculares, de 3 consejeros municipales, de 2 obispos de Saboya y Piamonte, y de 4,760 de personas particulares. En pro de la ley: de 2,213 ciudadanos, de 117 ayuntamientos y de 98 consejeros de distrito. Todas las exposiciones fueron leídas.

Jurisprudencia y administracion. El Sumo Pontífice ha concedido á unos cien presos políticos la libertad, y levantado el extrañamiento á muchos desterrados.

—A causa de su extraordinaria semejanza con el célebre Mazzini, ha sido detenido no hace mucho en una de las principales fondas de Basilea, de órden del gobierno central suizo, un tal Philipps, norteamericano. Luego que

se identificó debidamente, recurrió por conducto del representante de su nacion en Berna á dicha autoridad, retendiendo que se le abonara por via de indemnizacion la cantidad de 25,000 francos, es decir, 5,000 por cada dia de detencion. Se le ofrecieron 25 francos por dia; mas Philipps no ha querido conformarse con la proposicion, á consecuencia de lo cual se ha formado un proceso asombrosamente voluminoso.

—En virtud de una órden ministerial quedan nombrados comisarios especiales para Strasburgo, Paris, Havre, Porbach y Saint Louis, con el cometido especial de celar sobre la suerte de los muchos emigrados europeos, que atravesando la Francia se proponen embarcarse para América ó Australia, dándoles gratuitamente cuantos informes pueden convenirles para no verse engañados por tantos intruzantes como andan á la caza de incautos. Cualquier emigrado, al penetrar por la frontera del vecino imperio, tiene que acreditar que, bien en metálico efectivo ó en buen papel, dispone de 200 francos siendo ya adulto, y 80 los niños de seis á quince años: diligencia que habrá de repetirse en el momento de embarcarse; mas entonces será la cantidad de 150 y 60 francos respectivamente. Esta exigencia no comprende á aquellas personas que presentan un documento de haberse ya ajustado con alguna empresa ó agencia reconocida por el gobierno francés. En este caso sirve el propio escrito de pasaporte. Cualquier sociedad ó agente que se ocupe en despachar emigrados, ha de estar debidamente autorizado por el ministro del ramo y presentar una fianza de 15 á 40,000 francos. Esta ley estará en puntual observancia desde primeros de marzo próximo venidero.

Industria. La industria algodonera de Suiza, con 190 grandes fábricas y 1.100,260 husos, ocupa hasta 50,000 personas diariamente, para una poblacion total de 2.397,000 almas.

—En Southampton se construyeron para uso del ejército francés en la Crimea, hasta 2,000 estufas, con unos 25,000 pies de tubaje de chapa de hierro.

—La comision directiva de la esposicion universal de industria en Paris ha espedido una circular, en la cual previene que los objetos de esposicion, tanto del país mismo como del extranjero, han de estar presentados para el 15 de marzo por los espositores mismos ó por persona debidamente autorizada.

—El caballero Bonelli, de Turin, que con la invencion de la máquina eléctrica para tejer teas ha hecho un servicio tan eminente á la industria, parece que perfecciona cada vez más su sistema.

—Escriben de Nueva-York: «La situacion de las clases industriales en esta plaza es tan aflictiva cual no se ha conocido hace muchos años. Los artistas mas aventajados y asiduos tienen que cerrar sus talleres por falta de trabajo. Las obras públicas de canales y caminos de hierro se hallan tambien enteramente paralizadas.»

—De turba, ó sea tierra bituminosa, se fabrica en Alemania y Suiza una cera muy pura y trasparente, siendo las velas que de ella se confeccionan de excelente calidad.

Comercio. Asegúrase que ha sido prohibida la esportacion de cereales de todas las provincias del imperio otomano.

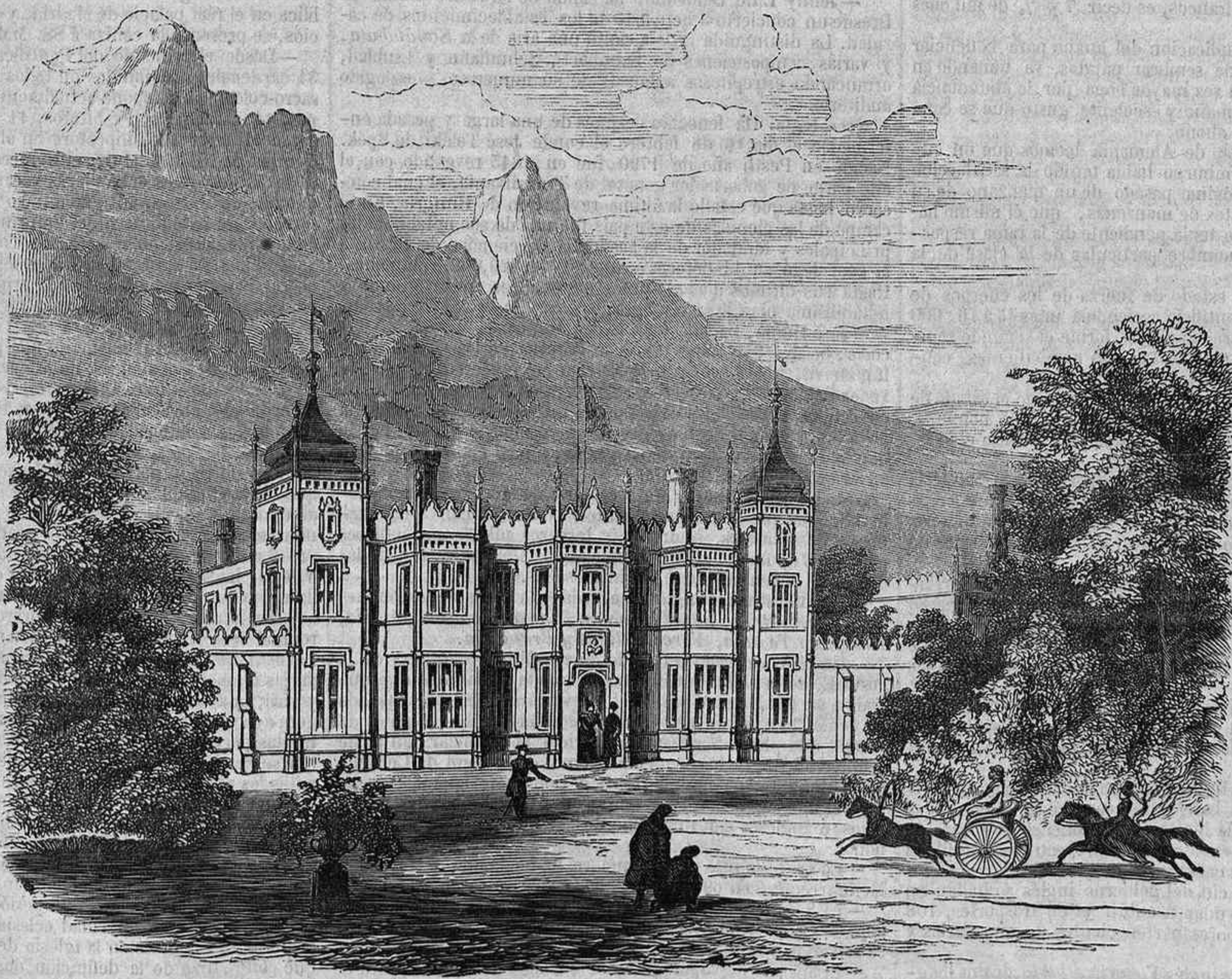
—La prohibicion del tráfico de esclavos, dictada por la Puerta Otomana, ha exasperado extraordinariamente á las tribus circasianas: así es que aun las mas favorables á Turquía se niegan á cooperar á la destruccion del poder ruso en aquella region, á menos que no se les conceda la libertad del comercio de esclavos, que al fin constituye su principal fuente de riqueza.

—La cantidad de algodon en rama que fué importada de Suiza durante el año de 1853 ascendió á 21.528,982 libras. En hilo de este mismo material fabricaron en 1852, 19 millones de libras, habiendo importado el coste de su fabricacion 17.500,000 de francos, y 40.000,000 el de los tejidos.

—El cargamento mas considerable de algodon que buque alguno ha portado, es el que desembarcó poco há en Liverpool, procedente de Nueva-Orleans, el *Shakespeare*, pues ascendió á 6,434 balas de dicho género.

—Por comisionistas ingleses han sido comprados últimamente en Hamburgo hasta 10,000 cabezas de ganado vacuno y 20,000 cerdos.

—Desde el dia 19 de marzo próximo venidero pagarán todos los tejidos de seda, así como el torzal y la



El castillo de Werstein en Alemania

ro último; había nacido en 1786 y tomó el capelo en 1843.

Contrastes. Los periódicos ingleses refieren un hecho que en aquel privilegiado país habrá pasado desapercibido, pero ha llamado la atención de una manera particular.

UN COSCORRON.

Estaba yo en la cama, embebecida mi mente en una de esas meditaciones matutinas, que ni son sueños ni mucho menos realidades; que participan del recuerdo de los unos unido á las esperanzas de las otras;

Así me encontraba yo el otro día, cuando al abrir mi criado la puerta de mi alcoba, abrí yo también los ojos.

Desde el principio había yo conocido la letra: sin embargo, el tono frío, el cumplimiento con que me trataba... Con todo, era Luisa, era mi Luisa, mi primer amor, mi esperanza de felicidad durante dos años...

Un siglo me pareció aquel día: durante él suspiré muchas veces; lloré alguna, y recordé siempre las memorias de nuestro amor. Momento hubo en que me fingí á Sevilla con todas sus delicias; con su sol de junio abrasador y brillante;

Dieron las cinco, y pálido y temblando como un delincuente, corrí al lugar de la cita: no me atreví á entrar hasta la hora señalada. Cuando esta sonó, llamé tímidamente á la puerta de la casa...

Lloré como un niño sin saber por qué, si de dolor ó de placer: abrióse entonces la puerta, y apareció Luisa... Estaba mas

hermosa que nunca, mas interesante... Bajé los ojos confundido... Ella me alargó la mano, lo mismo que cuando hacíamos las paces despues de una quimera infantil: yo se la besé como entonces se la besaba! — Un breve momento pasó así; al cabo de él entró la misma jóven que me había conducido descompuesta y azorada, y llegando al oido de su señora la dijo algunas palabras.

Así estaba triste y meditando pensando en Luisa, que quizás por mi causa habría tenido un sério disgusto, cuando entró mi criado con un segundo billete color de rosa.

Al anohecer entró en mi cuarto mi amigo Julio. Vengo á buscarte, me dijo; esta noche da un magnifico baile el conde del Sauce... ya te he anunciado, y no puedes faltar... En vano traté de escusarme: en vano le mostré mi chichón inflamado: Julio se mantuvo inexorable, é insistió absolutamente en su demanda.

LO QUE TAPA UNA MESA.

Quando me he encontrado en uno de aquellos banquetes donde la etiqueta no usurpa los derechos del buen humor, donde saben sostener la conversacion los hombres de ingenio, y animar y embelesar á la concurrencia las mujeres agraciadas y amables, donde la señora de la casa, en fin, ha tenido el acierto de colocar á sus convidados de modo que á ninguno le falte con quien entretenerse en conversacion gustosa, confieso que me ha ocurrido mil veces el deseo de averiguar lo que tapaba el tablero de la mesa, debajo de la cual cruzaban acaso comunicaciones muy importantes.

Mientras un caballero medianamente prolijo se atasea en una narracion, cuyo fin, que nunca llega, desean los oyentes con ahinco, reparo yo en una jóven chiquitita, con peinado á la valenciana, la cual está escuchando sin pestañear, agitada, enternecida, y retratando una suave languidez en su semblante.

¿Por qué se le habrá escapado á esotra dama un chillido, contra su voluntad, á lo que parece? — ¿Qué tienes, chica? — le pregunta su marido desde la otra punta de la mesa.

Llegan los postres, chispea el champagne, sube y hierve la espuma, vacíanse las copas, acalóranse las cabezas, se encandilap los ojos, y todos los convidados charlan á un tiempo.

Como yo soy curioso, y deseo además instruirme, dejo caer mi caja de tabaco, me bajo para recogerla, y tiendo de paso la vista por aquella region sub-meridiana. Desde luego advierto que no todos los pies ocupan su lugar: el de la valencianita se halla debajo de la bota de un oficial de la guardia, y la rodilla de un autor recién dado á la estampa tropieza con la de la buena moza consabida que baja ruborosa los ojos cada vez que se le dirige la palabra.

tras que cierto adinerado comerciante, haciendo que se entretiene con la servilleta, echa un papelito en la falda de su vecina, la cual no permitirá que se escurra al suelo.

Pero ¡calla! ¿qué es lo que veo acullá abajo? ¡Dos pezuñas descomunes una debajo de otra! Allí hay alguna equivocacion sin remedio. Examinemos la posicion de los personajes respectivos: de los dos pies uno pertenece á un catalan de enorme corpulencia, y el otro á un ricacho andaluz, gran devoto, aunque viejo, de las hijas de Eva.

Bastante he tardado ya para buscar una caja de tabaco. Voy á levantarme con el sentimiento de perder algun nuevo episodio del cuadro que miraba: pero de improvís el cuadro desaparece. Al estrépito de un fiero coscorrón que alzándose me he sacudido en la coronilla contra el aro de la mesa, todos los pies han recobrado su posicion natural y debida, y ya nada hay debajo del tablero que merezca observarse.

¡POBRE ROSINA!

Hace algunos años que no se hablaba de otra cosa en París mas que de una cantatriz llamada Rosina, procedente de Milan, mujer de maravillosa hermosura, y que formaba parte de la compañía de ópera italiana.

El conde de M... vió á la beldad milanese, y no necesitó mas para sentirse inflamado de un violento amor. Pronto fué Rosina su querida, y pronto tambien llegó esta noticia á oidos de todo el mundo, porque la cantatriz renunció á las emociones y á los triunfos de su existencia primera.

Desde este momento se sucedieron rápidamente las fiestas en el palacio del conde. Sus salones estaban siempre ocupados por todo lo que hay en París de mas bello y mas elegante. Rosina, frívola y feliz, solo pensaba en los placeres: embriagada por la poesía del amor, y por la poesía del lujo, se dejaba llevar dulcemente por las olas de aquel mar de delicias.

Ganó al principio; siguió ganando despues mucho tiempo... Pero la hora fatal debía sonar por fin. Una noche volvió el conde pálido y desesperado. Había perdido todo su patrimonio, y debía además sobre su palabra la enorme suma de seiscientos mil francos al baron de B...

¿De dónde había de sacar aquella cantidad, ni cómo aguardar nada del baron, que fué en otros tiempos una de las víctimas de la indiferencia de Rosina, que desde entonces odiaba de corazon á los dos amantes, y que probablemente no desperdiciaría esta ocasion de tomar venganza de aquel agravio? No quedaba mas recurso que huir, ocultarse como un criminal. Pero el conde prefería cien veces la muerte á esta humillacion, y decidido á adoptar tan violento partido, fué á ver á Rosina resuelto á confesárselo todo.

— ¡Gran Dios! ¿Qué tenéis?... exclamó ella asustada de su palidez y decaimiento.

— Rosina, respondió el conde, mi querida Rosina, vengo á pedirte una gracia.

— Cualquiera que sea la otorgo desde ahora, dijo aquella estrechando á su amante tiernamente en sus brazos.

— Escúchame: he jugado esta noche, he perdido, y estoy arruinado...

— ¡Arroinado!... Y quizás por mí... ¡Dios mio, Dios mio!...

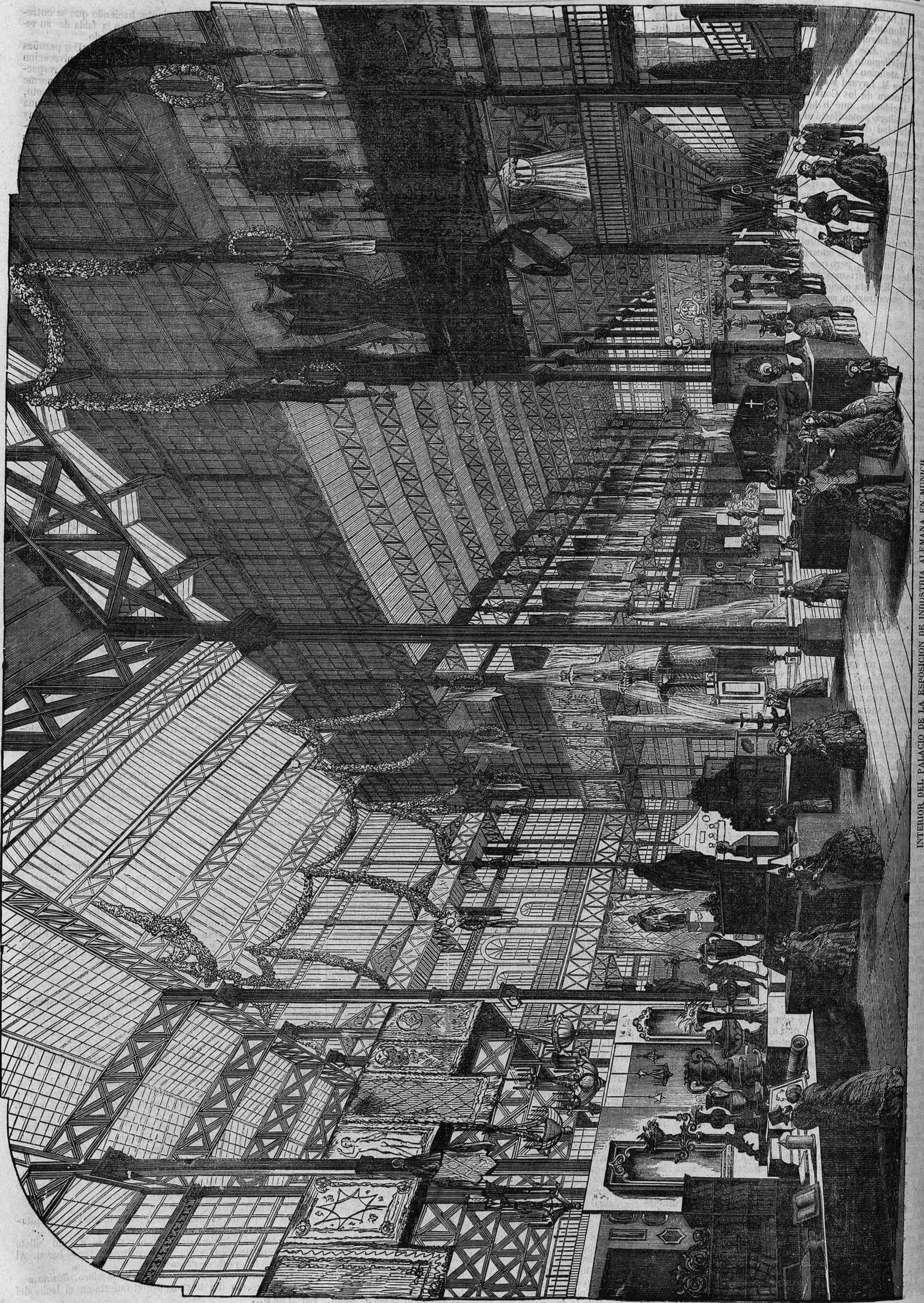
— ¿Morir!... ¿Qué es lo que decís?... ¡Morir!... ¡oh!... Eso no puede ser!... Y despues añadió con la mayor energía: No, no morireis; lo juro. Yo puedo repararlo todo... Volveré á salir al teatro...

— Pero tú no sabes que á quien debo los seiscientos mil francos es al baron de B... ¿De dónde he de sacar esta suma? Si no la tengo mañana, quedaré deshonrado, envilecido!... ¡oh! Déjame... Vete...

— ¡Al baron de B... es á quien debéis esa cantidad?... ¡Gracias, Dios mio!... Al menos le salvaré. Despues, levantándose de repente añadió: Yo pagaré á ese hombre.

— Yo le pagaré, os digo. Y salió con la mayor precipitacion.

A la mañana siguiente recibió el conde de M... un billete con el recibo de la suma que debía, y firmado por el baron. Al pié de él se leían estas palabras: «He cumplido mi promesa. Adios. Yo te adoro. Rosina.» Aquel mismo día la encontraron muerta en el lecho del baron de B...



INTERIOR DEL PALACIO DE LA EXPOSICION DE INDUSTRIA ALEMANA EN MUNICH.

im
cab
mej
Tie
aun
en
una
rec
rar
gen
una

ribl
y C
y la
peli
con
de
dos

for
lida

tas
mo
sob
tab
que
res
se i

oid
dic
dir

por
pue
aut
ber
es d
de
en
drá

el e
nub
pud
estr
ceja
y po
mos
esto

dad
con
los
med
hace
abar

pir
reim
perin
ranc
cóm
sin r
Euro
que
cruz
batif
bles;
na, la
desp
gust
der
suad
de ar
E
nado
L
mayo
60.0
y dir
viliz
la re
rae o
de s
él, q
nir s
lloso
bien
su m
conti
dia
ilus
una
del f

del primer cuerpo de ejército de infantería, se batió con el valor de héroe en la jornada de Leipsik y París, fue nombrado en 1819 general de infantería, pero en 1828 se retiró del servicio, y se estableció en Moscov, en cuya ciudad continúa viviendo. A los Gortschakoffs de época más reciente pertenecen los tres príncipes hijos de D. Mitri, Pedro, Miguel y Alejandro. Pedro, nacido en 1790, hizo sus primeras campañas en Alemania y Francia; en 1826 jefe de E. M. G. del ejército de Mitlgen, mandó en la guerra con los turcos año de 1829 una división de infantería, batió en Aidos una división turca, y negociación de preliminares del tratado de Andrinópolis. En 1828, y después de haber obtenido el empleo de teniente general, se le nombró gobernador general de la Siberia occidental, y promovido en 1843 a general de infantería, tomó en 1831 el retiro. Su hermano el príncipe Miguel, nacido en 1793, principió su carrera militar en la guardia imperial de artillería, y nombrado en 1828 jefe de Estado Mayor del cuerpo de ejército de Rudsewisch, dirigió los sitios de Silistria y Schumla. En la campaña de Polonia, año de 1834, recibió una herida en Grochow, y se señaló muy especialmente como comandante general de toda la artillería en Ostrolenka, pero aun mucho más en el asalto de Varsovia. Sirvió después como jefe de E. M. en el ejército activo; en 1843 fue nombrado general de artillería, y en 1846 gobernador militar de Varsovia. En la guerra de Hungría no dejó también de adquirir nombre por su pericia y valor. A fines de 1853 confióle el Czar el mando superior del ejército ruso del Danubio, y después de haber llegado el día 1.º de julio a Jassy espidió á los moldavacos una proclama. Conocidos son los servicios que en aquella esfera de acción prestó, y en la cual continuó hasta que recibió la orden de marchar á la Crimea.

El príncipe Alejandro Gortschakoff, el más joven de los tres hermanos, que nació en 1800, se dedicó desde luego á la carrera diplomática, descubriéndose en él un talento especial al efecto desde muy joven. A la edad de 24 años fué nombrado secretario de la legación rusa en Londres; en 1830 pasó como encargado de negocios á Florencia; en 1832 se le llamó á Viena en calidad de consejero de embajada, y en 1842 marchó á la corte de Stuttgart, donde contrató el matrimonio del príncipe heredero con la Gran duquesa Olga. En el año de 1850 fué elegido, conservando su cargo de enviado en la capital de Wurtemberg, como ministro plenipotenciario ruso cerca de la Dieta de la Confederación Germánica, y pasó por fin, como ya se ha indicado, á Viena en reemplazo del baron de Meyendorf, adonde llegó en 5 de julio de 1854. Su misión en aquella capital es por demás difícil; y si bien hasta ahora no ha conseguido todavía el ver coronados sus esfuerzos con un éxito feliz, no consiste en la falta de habilidad y celo, pues concurren en él todas las cualidades que tanto descuellan por lo regular en los diplomáticos rusos.

ANALES MILITARES.

MARCHA DE LA GUARDIA IMPERIAL FRANCESA Á LA CRIMEA.

La opinión del gobierno francés en cuanto á la cuestión que en el día tan agitados tiene á los hombres políticos y militares de Europa, y aun del mundo civilizado, se desprende bien palpablemente de dos medidas últimamente tomadas por él, á saber: la nueva conscripción de 140,000 hombres y la marcha de una parte de la guardia imperial á la Crimea. De esta tropa escogida se embarcaron el día 17 de enero último en el puerto de Marsella varios cuerpos compuestos de granaderos, tiradores, tropas de ingenieros, cazadores y guías con la fuerza total de 2,053 hombres de la clase de tropa y 82 oficiales. El refuerzo que con esta gente recibe el ejército allá en el teatro de la guerra no es la parte esencial, como es fácil de concebir. El emperador al desprenderse de estos cuerpos quiso por un lado poner de manifiesto el interés ardiente con que mira la guerra en la península táurica, y por otro quiere hacer ver que su guardia no constituye una corporación de ho-gazanes como muchos mal intencionados la han calificado, sino que por el contrario saben compartir los peligros y penalidades del ejército. Este igualamiento entre la guardia y la línea se patentizó aun bajo otros conceptos, particularmente en cuanto á las promociones. «Marchad» dijo el emperador á los oficiales que había convalidado á su mesa, antes de partir, «marchad; mis pensamientos os acompañan á aquellos lejanos países, en donde lucharéis por los derechos y el honor de vuestra patria.» Y á los soldados en la revista que les pasó antes de partir, los arengó entre otras con las palabras siguientes: «Recidid esta bandera, la que os conducirá á la victoria, tal como llevó á vuestros padres y á vuestros compañeros. Marchad para tomar todavía parte en las fatigas que aun quedan por arrostrar, á recoger los laureles que tambien os estan reservados. Pronto recibireis el bautismo glorioso que ambicionais, cooperando á plantar sobre los muros de Sebastopol nuestras águilas.» Ni una sola palabra de paz trasciende de las alocuciones del emperador Luis Napoleon...

ANALES HISTORICOS.

El nuevo emperador de Rusia ha dicho, entre otras cosas, en su manifiesto que promete llevar á cabo los proyectos de Pedro el Grande, de Catalina, de Alejandro y de Nicolás. Existe un resumen de estos planes en el testamento de Pedro el Grande, que, sea en efecto obra de este soberano, ó un samario redactado conforme á su política y á la de sus sucesores, puede considerarse como la fórmula más exacta del pensamiento ruso desde hace un siglo. Hé aquí el texto de este documento: En el nombre de la Santísima e indivisible Trinidad. Nos Pedro I, emperador y autócrata de todas las Rusias etc., á todos nuestros descendientes y sucesores en el trono y en el gobierno de la nación rusa. Habiéndome iluminado siempre con sus luces y sostenido con su divino apoyo el gran Dios de quien tenemos nuestra existencia y nuestra corona, me permite mirar al pueblo ruso como llamado á la futura dominación general de toda la Europa. Fundo este pensamiento en que la mayor parte de las naciones europeas han llegado á un estado de vejez muy próxima

á la caducidad, y que marchan mas aprisa de lo que deben: de esto se sigue que deben de ser fácil é indudablemente conquistadas por un pueblo jóven y nuevo, cuando este haya llegado á toda su fuerza y crecimiento.

Miro la futura invasión de los países del Occidente y del Oriente por el Norte como un movimiento periódico fijado por los designios de la Providencia, que de este modo regeneró al pueblo romano con la invasión de los bárbaros.

Estas emigraciones de hombres polares son como el reflujo del Nilo, que en ciertas épocas viene á fertilizar su limo las débiles tierras de Egipto.

He encontrado á la Rusia arroyo y la dejo hecha río; mis sucesores harán de ella un gran mar, destinado á fertilizar la empobrecida Europa, y sus olas se desbordarán á pesar de todos los diques que manos debilitadas puedan oponerles, si nuestros descendientes saben dirigir su curso.

Para eso les dejo las enseñanzas siguientes: les recomiendo á su atención y á su constante observación, lo mismo que Moisés recomendó las tablas de la Ley al pueblo judío.

I.

Mantener la nación rusa en un estado de continua guerra para tener soldados sobre las armas y siempre dispuestos.

No dejarlo descansar mas que para mejorar la hacienda del Estado; rehacer las tropas y elegir los momentos oportunos para el ataque. Haced de este modo que la paz ayude á la guerra y la guerra á la paz, con el interés del engrandecimiento y de la prosperidad de la Rusia.

II.

Llamar por todos los medios posibles, de todos los pueblos instruidos de la Europa, capitanes durante la guerra y sabios duran la paz, para hacer que la nación rusa se aproveche de todas las ventajas de los otros países, sin perder nada de los suyos propios.

III.

Tomar parte en todas las ocasiones en los negocios y en todas las cuestiones de la Europa, y sobre todo en los de la Alemania, que como mas próxima interesa mas directamente.

IV.

Dividir la Polonia, fomentando en ella la perturbación y las discordias civiles; ganar la alta nobleza á precio de oro; influir en las dietas, romperlas para tener acción en las elecciones de reyes; hacer nombrar allí sus partidarios, protegerlos, hacer que entren y permanezcan las tropas moscovitas hasta que puedan establecerse allí definitivamente. Si las potencias vecinas ponen algunas dificultades, apaciguarlas momentáneamente dando un cebo al país, hasta que se pueda volver á tomar en detall todo lo que se ha dado.

V.

Tomar lo mas que se pueda de la Suecia, y saber hacerse atacar por ella para tener pretexto de subyugarla. Para ello aislar la Dinamarca de la Suecia, y la Suecia de la Dinamarca, y mantener en su seno sus rivalidades.

VI.

Tomar siempre las esposas de los príncipes rusos entre las princesas de Alemania, para multiplicar las alianzas de familia, aproximar los intereses, y unir la Alemania á nuestra causa, propagando en ella nuestros principios.

VII.

Buscar con preferencia la alianza comercial de la Inglaterra, pues esa potencia necesita mas que otra de nosotros para su marina, y puede ser mas útil que cualquiera otra para la nuestra. Cambiar nuestras maderas y nuestras primeras materias por su oro, y establecer entre sus mercaderes, sus marineros y los nuestros continuas relaciones que formen las escuadras rusas para la navegacion y para el comercio.

VIII.

Estenderse sin descanso hácia el Norte, á lo largo del Báltico, así como hácia el Sur á lo largo del mar Negro.

IX.

Aproximarse cuanto se pueda á Constantinopla y á sus inmediaciones.

El que allí reine será el verdadero soberano del mundo. En su consecuencia, suscitar continuas guerras, unas veces al turco, otras á la Persia; establecer arsenales en el mar Negro, apoderarse poco á poco de este mar, así como del Báltico, y acelerar la decadencia de la Persia, penetrar hasta el golfo Pérsico; restablecer, si es posible, por la Siria el antiguo comercio de Levante, y adelantarse hasta las Indias que son el depósito del mundo. Una vez allí, se podrá pasar sin el oro de la Inglaterra.

X.

Buscar y sostener con cuidado la alianza del Austria, favorecer, en apariencia, sus ideas de dominación sobre la Alemania, y excitar contra ella y bajo cuerda los celos de las provincias.

Tratar de hacer que uros y otros reclamen la intervencion de la Rusia, ejerciendo en el país una especie de tutela que prepare la dominación futura.

XI.

Interesar la casa de Austria en arrojar el turco de Europa, y quitarle su parte de botín cuando se haya conquistado á Constantinopla, ya promoviéndole una guerra con los antiguos es-

tados de la Europa, ya dándole una porción de la conquista, que se le quitará después.

XII.

Dedicarse á reunir á su alrededor á todos los griegos, unidos y desunidos ó cismáticos, que estan diseminados en la Hungría, en la Turquía ó al Mediodía de Polonia; hacerse su centro, su apoyo, y fundar de antemano una supremacía universal por una especie de autoridad real ó de dominación sacerdotal: los greco-esclavones serán admitidos, tanto mas, cuanto lo sean cada uno de sus enemigos.

XIII.

Desmembrada la Suecia, vencida la Persia, subyugada la Polonia, conquistada la Turquía, reunidos nuestros ejércitos, el mar Negro y el Báltico guardados por nuestros buques, será preciso proponer por separado y con muchísima discreción, primero á la corte de Versalles, después á la de Viena, dividir con ellas el imperio del universo.

Si una de ellas acepta, lo que no dejará de suceder por poco que se lisonjee su amor propio y su ambición, valerse de ella para hundir á la otra; después hundir á su vez á la que sobreviva, empeñando con ella una lucha á muerte, cuyo éxito no podrá ser dudoso, poseyendo ya la Rusia en propiedad todo el Oriente y una gran parte de la Europa.

XIV.

Si, lo que no es probable, ambas rehusasen el ofrecimiento de la Rusia, sería preciso saber suscitarles querellas y hacer que una á otra se debilitasen. Entonces, aprovechándose de un momento decisivo, la Rusia lanzaría sus tropas reunidas sobre la Alemania, al mismo tiempo que dos escuadras considerables saldrían, una del mar de Azoff y otra del puerto de Archangel, cargadas de hordas asiáticas, custodiadas por las escuadras armadas del mar Negro y del Báltico.

Adelantándose por el Mediterráneo y por el Océano, inundarían por una parte la Francia, mientras que por otra lo sería la Alemania; y una vez venidas estas dos comarcas, el resto de Europa pasaría fácilmente y sin tirar un tiro bajo el yugo.

XV.

De este modo puede y debe ser subyugada la Europa. PEDRO I, Autócrata de todas las Rusias.

MISCELANEA DE LA GUERRA.

Exposicion. Las últimas cartas de San Petersburgo, dice la Asamblea Nacional, anuncian que el cuerpo del emperador Nicolás se ha espuesto en una capilla ardiente de palacio. El emperador tiene el semblante descubierto, y se dice que la exposicion durará hasta el 16. Los rumores esparcidos sobre el estado de descomposicion del cuerpo, y repetidos por un despacho telegráfico de Berlin, parecen destituidos de todo fundamento.

Caballo notable. En uno de los buques que hace poco salieron de Crimea para Inglaterra, iba el famoso caballo Gris que Sir Jorge Brown montaba en la batalla de Alma y de Inkerman. Se han sacado once balas del cuerpo del caballo, que se ha restablecido pronto, y el cual espera montar Sir Jorge Brown en Hyde Park.

Prisioneros rusos. El Journal de San Petersburgo censuró en un artículo al gobierno francés, por tratar mal á los prisioneros de Bomarsund residentes en Aix. El Moniteur demuestra que los referidos prisioneros gozan de todas las ventajas que les son garantidas por la ley, y que el ministro de la Guerra ha ordenado que se les distribuyese una racion igual á la que percibe el soldado francés. El sueldo de los oficiales es el siguiente:

Table with 2 columns: Rank and Salary. General de division: 333 fr., 33 cent. Id. de brigada: 250 id. Oficiales superiores: 200 id. Capitanes y tenientes: 100 id. Mujeres de oficiales: 50 id.

A los oficiales se les ha permitido conservar sus armas y escoger el punto de residencia.

A los soldados se les permite trabajar para hacer mas pasaderas las penas del cautiverio y para que puedan aliviar su suerte.

¿Qué mas quieren los rusos? Entre las ventajas que gozan tienen hasta la del clima que no puede darles el emperador Nicolás.

Especulacion inglesa. Una compañía de comercio inglesa ha ofrecido á su gobierno hacerse cargo por contrata de las provisiones del ejército de Crimea de la manera siguiente:

Dará á cada individuo por la mañana pan fresco y té, café ó chocolate; al medio dia pan, carne, patatas, verdura, cerveza y rom, y por la noche una cena sustanciosa. Además proveerá de barracas ó tiendas de campaña á satisfacción de los oficiales, reponiéndolas cuando se encuentren inservibles. Será de cuenta de los contratistas los buques, carros, bestias y lo demás necesario para el transporte, y se comprometen á poner los efectos en el campamento en el lugar adonde se halle y en el punto destinado á cada batallon. Todo por cuatro pesetas por cada individuo.

ANALES EPISODICOS.

PETCHORINE, Ó UN HÉROE CONTEMPORÁNEO.—ESCENAS DE LA VIDA RUSA EN EL CÁUCASO, POR MIGUEL LERMONTOFF.

(Continuacion.)

Pero Gregorio Alejandrowitch, á pesar del calor y la fatiga, no quería regresar con las manos vacías. Hé aquí lo que siem-

pre sucedía! Cualquiera que fuese el capricho que cruzara por su mente, preciso le era satisfacerlo. Evidentemente habia sido muy consntido durante su infancia: habia debido ser el hijo mimado de su madre. A medio día al fin encontramos un gran diablo de jabalí. ¡Pum! ¡pum! Nada: le habíamos errado, y desapareció entre los matorrales. Estaba visto: era un día desgraciado. Nos sentamos para descansar un instante, y en seguida nos volvimos.

Cabalgábamos en silencio, y ya habíamos llegado cerca de la fortaleza, aunque los zarzales no nos dejaban verla, cuando de repente oímos un tiro. Mirámonos uno á otro: la misma sospecha cruzó por nuestra mente, y nos lanzamos inmediatamente á escape en direccion de donde habíamos oído el tiro. Vimos unos cuantos soldados reunidos sobre la muralla, que señalaban en la llanura un ginete que huía á toda brida, llevando una coraza blanca en la silla. Gregorio Alejandrowitch lanzó un grito como un Thetchena, tomó un fusil, y echó á correr en seguimiento del ginete: yo le seguí.

Nuestros caballos no estaban muy cansados de nuestra inútil expedicion: lanzámonos pues á todo correr, y á cada instante nos íbamos acercando al fugitivo. Ya reconocía yo á Kasbitch; pero aun no podía distinguir qué era lo que llevaba. Acababa de alcanzar á Petchorine, y le grité:

—Es Kasbitch.

Miróme, hizo una señal afirmativa, y espoleó su caballo.

Llegamos por fin á tiro de fusil del bandido. No sé si su cabalgadura estaba cansada ó era inferior á nuestros corceles; pero es lo cierto que no adelantaba todo lo que él quisiera. Creo que en aquel momento se acordaba de Karaguz.

Viendo que Petchorine le apuntaba, exclamé: —No tires; guardad vuestro tiro, porque no podemos menos de alcanzarle.

Pero ¡lo que es la juventud! Nos arrebató cuando no conviene, cuando debíamos tener la prudencia de no dejarnos llevar del ardor juvenil. Salió el tiro, y la bala hirió al caballo en un cuarto trasero. Escitado por el dolor dió aun algunos botes, después tropezó, y cayó. Saltó á tierra Kasbitch, y vimos que tenia entre sus brazos una mujer cubierta con un velo. Era Bela, la pobre Bela.

Dijonos Kasbitch no sé qué cosa en su idioma, y blandió su puñal sobre la jóven.

No habia tiempo que perder, y le hice fuego.

La bala debió herirle tal vez en el hombro, porque su brazo cayó al instante. Cuando se disipó el humo vimos el caballo hiriendo que yacia en tierra y á Bela cerca de él. Pero Kasbitch, que habia arrojado su fusil, se encaramaba como un gato por las rocas entre la maleza. Yo hubiera querido hacerle rodar de allí; pero mi fusil estaba descargado.

Apeámonos para socorrer á Bela. La pobre jóven estaba sin conocimiento, y su sangre se escapaba á torrentes de una profunda herida.



El teniente general ALFONSO DELLA MARMORA, comandante general del ejército auxiliar sardo en la Crimea.

¡Miserable Kasbitch! No la habia herido en el corazon; si lo hubiera hecho, al menos hubiera muerto al instante. Pero por un refinamiento de crueldad, hazaña propia de un bandido como él, la habia herido en la espalda.

Arrancámosle el velo, y vendámos su herida restañando la sangre lo mejor que pudimos. En vano Petchorine cubrió de besos los helados labios de la infeliz: nada pudo hacerla volver en sí.

Lanzóse Petchorine sobre su caballo; yo levanté á Bela, y

la coloqué lo mejor que me fué posible sobre la silla; él la sostenia con una mano, y tomamos así lentamente el camino de la fortaleza. Al cabo de un minuto, me dijo Gregorio Alejandrowitch:

—Máximo Maximitch, de este modo y á este paso no llegaremos con ella viva á casa.

—Es verdad, repliqué, y avivamos nuestros caballos.

Habiase reunido la multitud á la puerta de la fortaleza. Llevamos á la pobre herida con las mayores precauciones á la habitacion de Petchorine, y mandamos que se llamase al cirujano, que vino, examinó la herida, y declaró que Bela no viviria mas de veinticuatro horas; pero se engañaba.

—¿Curó? interrumpí cogiendo la mano del capitán y regocijándome involuntariamente.

—No, respondió: el cirujano solo se engañaba en que vivió aun dos días, cuando él decia que no viviria uno.

—Pero decid, ¿cómo se apoderó Kasbitch de ella?

—Ved cómo sucedió. A pesar de la prohibicion de Petchorine, salió Bela del fuerte para ir á la orilla del riachuelo. El día estaba caluroso, y la jóven, sentada en una piedra, lavaba los piés. Entonces Kasbitch, que estaba en acecho, se deslizó lentamente hacia ella, la cogió de improviso, la tapó la boca con la mano, la llevó al bosque donde tenia oculto su caballo, lanzóse con ella en la silla, y partió al galope. Sin embargo, la jóven habia lanzado un grito que habia alarmado á nuestros centinelas, quienes acababan de tirar y errar el tiro cuando nosotros llegamos.

—Pero en último resultado, ¿por qué la robó Kasbitch?

—Mi querido caballero, los circasianos son ladrones rematados; y roban todo lo que encuentran á su alcance, hasta aquello que para nada puede servirles. Su carácter es así, y debemos escusarles. Además sabeis que él la amaba.

—¿Y Bela murió?

—Murió, sí, y después de haber sufrido horriblemente, y nosotros sufriendo con ella. A eso de las diez de la noche recobró el conocimiento. Estábamos sentados junto á su lecho, y cuando abrió los ojos llamó á Petchorine.

—Aquí estoy cerca de vos, mi querida amiga, le respondió apretándole la mano.

—¡Me muero! replicó ella.

Trátemos de consolarla, diciéndola que el cirujano habia prometido curarla pronto. Sacudió la cabeza y se volvió hacia la pared: deseaba vivir.

Durante la noche la acometió el delirio; arrebatóse la sangre á la cabeza, y todo su cuerpo temblaba de vez en cuando sacudido por la fiebre. Habló sin coherencia de su padre y de su hermano: queria volver á sus montañas, á su aldea. Después llamó á Petchorine, le prodigó los nombres mas tiernos, echándole en seguida en cara que no amaba á su amiga. Escuchábala él en silencio, sosteniéndola la cabeza con las manos.



Barracas de campaña de los aliados en el campamento de Sebastopol.

pero durante todo este tiempo no vi una lágrima en sus ojos.

—¿Era que no podía llorar, ó que contenía el llanto?

—No sé; pero nunca en mi vida fui testigo de mas triste espectáculo. Hacia la mañana disminuyó el delirio; permaneció una hora sin movimiento, pálida, necia de tal modo exánime, que apenas sabíamos si respiraba todavía. Después recombró algunas fuerzas y comenzó á hablar; ¿y de qué creereis? Verdaderamente semejante idea solo puede ocurrirse cuando la muerte se aproxima.

Principió á lamentarse de no ser cristiana, á desconsolarse porque su alma no encontraría la de Gregorio Alejandrowitch en el otro mundo, y porque este tendría otra esposa en el Paraíso. Ocurrióme la idea de bautizarla antes de su muerte. Miróme durante algun tiempo irresoluta y sin poder hablar. Al fin me dijo que quería morir en la religion que habia recibido al nacer.

Pasó así el día. ¡Cuánto habia alterado un solo día sus facciones! Sus pálidas mejillas se habian descarnado; sus ojos parecian mas grandes, y sus labios quemaban; sentia un calor interior, como si hubiera tenido un hierro candente dentro del pecho.

Llegó la segunda noche; no cerramos los ojos ni nos separamos de su cabecera. Ella suspiraba y padecía terriblemente, y siempre que el dolor la dejaba descansar un momento, se esforzaba en persuadir á Petchorine que se encontraba mejor; queria que él se acostase, besaba sus manos, y le miraba con ternura. Antes del alba comenzó á sentir que la muerte se acercaba; estaba agitada, y arrancó los vendajes de su herida, de modo que volvió á correr la sangre; y cuando de nuevo volvimos á vendarla la herida, se calmó y pidió á Petchorine que le diese un beso. Arrodillóse él junto al lecho de Bela, cuya cabeza con almohada y todo levantó un poquito, y oprimió con su boca los temblorosos labios de la jóven, que pasó sus brazos en derredor del cuello del mancebo como si hubiera querido exhalar su alma y trasladarla al cuerpo de su amante.

Pero mejor fué que hubiese muerto; porque qué hubiera sido de ella si Gregorio Alejandrowitch la hubiera abandonado? Y tarde ó temprano habia de suceder.

Permaneció silenciosa la mitad del siguiente día, obedeciendo al médico cuyas drogas la atormentaban.

—¡Ah doctor! le dije, me habeis anunciado que no cura-



ALEJANDRO, principe de Gortschakoff, consejero áulico del emperador de Rusia y su ministro plenipotenciario en Viena.

ria; ¿por qué pues la atormentais con vuestras prescripciones? —En último resultado, me respondió, debo obrar así para tranquilizar mi conciencia.

—¡Diablo de conciencia la vuestra!

Después de medio día comenzó á sentir una sed devoradora. Abrimos la ventana, pero el aire de fuera estaba aun mas abrasado que el de la habitacion; pusimos hielo bajo su lecho, pero no esperimentó ningun alivio. Yo sabia que aquella sed era señal de que se acercaba su fin, y se lo dije á Petchorine.

—Agua, agua, exclamó la infeliz con voz temblorosa incorporándose sobre el lecho.

Quedóse Petchorine pálido como un sudario, tomó un vaso, lo llenó, y se lo dió. Yo puse las manos delante de los ojos y recité una plegaria; no me acuerdo cuál. ¡Ah caballero! he visto morir muchos hombres en el campo de batalla y en los hospitales; ¡pero qué diferencia de sensacion! ¡Oh! qué diferencia! Debo decirlos una cosa que siempre me entristece, y es que Bela ni una sola vez hizo mencion de mí en su agonía, y sin embargo yo la habia amado como un padre ama á su hija. ¡Que Dios haya tenido piedad de ella! A decir verdad, ¿quién era yo para que ella se acordase de mí?

Luego que bebió el agua se sintió aliviada; tres minutos después era cadáver. Aproximamos un espejo á sus labios, pero el aliento no empañó la superficie.

Saqué medio arrastrando á Petchorine fuera de la habitacion, y salimos á la muralla. Nuestro paseo duró mucho tiempo; pero no pronunciamos ni una palabra. Su fisonomia no tenia expresion alguna particular, cosa que me irritaba, porque en su lugar yo hubiera muerto de disgusto. Al fin se sentó en el suelo á la sombra y se puso á trazar líneas en la arena con su baston. Creí de mi deber entonces decirle algunas palabras de consuelo; pero cuando comencé á hablar levantó la cabeza y se sonrió. Aquella sonrisa me hizo estremecer. Yo me marché de allí para dar orden de que abriesen la sepultura. Debo manifestar que me mezclé en aquellos detalles para ocupar mi pensamiento. Tenia yo una pieza de tela de plata de mucho valor fabricada en Circasia: hice cubrir con ella á Bela, y la adorné con los encajes y blondas que Gregorio Alejandrowitch le habia comprado.

Al día siguiente la enterramos fuera de la fortaleza, á la orilla del rio, muy cerca del punto en que se habia sentado por la última vez. Esposos bosques de acacia y sauco han crecido en torno de su tumba. Yo hubiera querido poner sobre sus despojos una cruz; pero no podia, porque no era cristiana.



UNIFORMES DE LA NUEVA GUARDIA IMPERIAL FRANCESA

Zapador en traje de parada.

Cazador.

Oficial de granaderos en traje diario. Oficial de cazadores.

Oficial de tiradores.

Granadero en traje de diario.

Granadero en traje de gala.

Tirador en traje de gala.

Diario de un héroe contemporáneo.

PREFACIO.

He sabido hace algun tiempo que Petchorine habia muerto á su regreso de Persia. Esta noticia, aun cuando fuese triste...

Es sin embargo preciso que explique las razones que me hacen someter al público los secretos mas íntimos de un hombre á quien nunca he conocido.

Al recorrer estas memorias, me he convencido de la sinceridad del que espone tan despiadadamente sus propias debilidades y sus propios errores.

Solo he insertado en este volumen lo relativo á la permanencia de Petchorine en el Cáucaso. Me queda todavía un grueso manuscrito, que es la relacion de su vida entera...

Algunos lectores desearán tal vez conocer mi opinion particular sobre el carácter de Petchorine. Mi respuesta está en el título que he dado á este diario.

—Pero eso es una amarga ironía! esclaman. No lo sé.

Taman.

Taman es la mas miserable de todas las ciudades marítimas de la Rusia. Allí estuve á punto de morir de hambre, y á mayor abundamiento de ahogarme.

Hacia frio, no habia dormido, iba tres noches, estaba sumamente cansado, y principiaba á estar de mal humor.

—Buscadme en donde abrigarme, bribon, dije al cosaco; aunque sea en casa del diablo, poco me importa, con tal que sea pronto.

—Hay una especie de guarida, dijo con la mayor sumision; pero vuestro honor no la encontrará conveniente; y aun eso no es seguro.

No comprendí el sentido exacto de estas palabras, y le ordené que nos condujese. Llegamos al fin después de una larga caminata á través de unas calles muy sucias, bordadas á los lados por cercas de tablas, á una pequeña cabaña á orilla del mar.

La luna llena iluminaba el techo de cañas y las blancas paredes de aquella morada. En el patio, rodeado de una pared de guigarros, noté otra cabaña aun mas pequeña y mas miserable, arrimada á la primera, construida á la orilla misma de la escarpada ribera, lavada por las azules ondas que se balanceaban debajo de ella rugiendo sin interrupcion.

—Hay navíos en el puerto, pensé: podré pues marchar mañana para Gelenjik.

Tenia conmigo á mi criado, un cosaco de la línea; ordené que despachase al postillon y que desliase mi necesaire de viaje.

Llamé al dueño de la posada; pero no respondió; golpeé, y el mismo silencio. ¿Qué significa esto? Al fin y al cabo salió lentamente de la pequeña cabaña un muchacho como de unos catorce años.

—¿Dónde está el patron? —No hay patron. —¿Qué! ¿que no hay patron? —No. —¿Dónde está entonces la patrona? —Ha ido á la ciudad. —¿Pues quién me ha de abrir la puerta? pregunté golpeando en ella con el tacón de mi bota.

Cedió la puerta, y me encontré rodeado de una atmósfera nauseabunda. Encendí una pajueta, y la acerqué al rostro del muchacho: su luz alumbró dos ojos blancos sin vista. Era ciego, ciego de nacimiento. Permaneció inmóvil delante de mí, y me puse á examinar sus facciones.

Debo confesar que estoy violentamente preocupado contra toda las criaturas ciegas, estropeadas, sordas, mudas y jorobadas. Creo que hay una relacion estraña y misteriosa entre el hombre exterior y el hombre interior, como si la pérdida de un miembro privase al alma de una sensación.

(1) Miguel Le-montoff decia demasiada verdad. M. Martynoff se reconoció en uno de los personajes de este relato, y provocó al autor. Ler-montoff aceptó el duelo y fué muerto sobre la estrecha plataforma de una roca del Cáucaso, desde donde rodó su cadáver al fondo del abismo.

He dicho que me puse á examinar las facciones del ciego; pero, ¿qué puede leerse en un rostro sin ojos? Miréle mucho tiempo con una commiseracion involuntaria, cuando de repente una sonrisa casi imperceptible se deslizo sobre sus delgados labios, y no sé por qué aquella sonrisa me causó una impresion desagradable.

Al fin le pregunté: —¿Sois hijo de la patrona? —No. —¿Quién sois pues? —Un huérfano. —¿No tiene hijos la patrona? —No: tenia una hija; pero ha atravesado el mar con un tártaro.

—¿Con un tártaro! ¿Qué tártaro? —Dios sabe su nombre: un tártaro de Crimea, un barquero de Kertch.

Entré en la choza. Todo el mueblaje consistia en dos bancos, una mesa y una enorme arca cerca de la estufa. Ninguna imagen santa en la pared... mala señal. Silbaba el viento con violencia por la despedazada ventana. Cogí una bugia de mi estuche, la encendí, y comencé á desliar.

Una hora poco mas ó menos habria trascurrido de esta suerte. La luna entraba entonces por la ventana, y sus rayos reflejaban en el suelo de arcilla batida y endurecida. En el momento pasó una sombra por la parte del suelo que la luna iluminaba.

—En verdad, dije para mí siguiéndole á alguna distancia de modo que no le perdiese de vista, he aquí que los mudos comienzan á hablar y los ciegos á ver.

Entre tanto se habia velado la luna tras las nubes y se elevaba del mar la bruma. Apenas podia atravesar la niebla el fuego encendido sobre el puente del navío estacionario, y las espumosas olas se lanzaban sobre la costa amenazando arrebatarse al joven ciego, á quien seguí, no sin mucho trabajo, á lo largo del sendero escarpado y escabroso, y á quien ví detenerse un momento, tomar después á la derecha, y bajar arremado á la orilla del agua hasta el extremo de creer yo que le iban á arrastrar las olas.

—Y bien! ciego, dijo una voz de mujer, el viento silba soplando con furia: ¿uuko no vendrá.

La niebla se condensa cada vez mas, replicó la voz de mujer con un acento de tristeza. Le es mas fácil en medio de la niebla pasar desapercibido del navío á la estacion.

—Pues bien: iriais á la iglesia el domingo sin cinta nueva, y hé aquí todo.

—Yauko, respondió él, no tiene miedo al viento. —Pero una cosa me habia chocado: el joven ciego me habia hablado en el dialecto rutheniense, mientras que al presente se espesaba en buen ruso.

—Bien veis que tengo razon, replicó batiendo las palmas. —Yauko no teme ni el mar, ni el viento, ni la niebla, ni los guarda-costas. Escuchad... No es el mugido de las olas... Os engañais; es el ruido de sus largos remos.

—Levantóse vivamente la mujer y paseó á lo lejos una mirada inquieta.

—Estais loco, ciego, dijo ella; nada veo.

Debo confesar que intenté en vano descubrir algo que se pareciese á una barca. Trascurrieron diez minutos; de repente entre las altas olas que rodaban sobre la playa, percibí un punto negro, ora mas grande, ora mas pequeño.

—Mientras que estos pensamientos me ocupaban, miraba con cierta emocion la pobre barca, á la que veia hundirse como un ánade para volver á salir de las olas en medio de la espuma. Por un instante creí que iba recta á la costa y que iba á romperse en mil pedazos.

—Lanzóse de la barca á la ribera un hombre de mediana estatura que tenia en la cabeza un gorro de piel de cordero como el que usan los tártaros, é hizo una señal con la mano.

Corrieron hacia él la mujer y el joven ciego, y todos tres se ocuparon al instante en sacar alguna cosa fuera de la barca. Lo que era parecia una cosa muy pesada, y yo estaba verdaderamente atónito de que la embarcacion no se hubiera hundido bajo aquel peso.

(Continuará.)

en su orgullo, aun cuando se esforzaba en no dejar aparecer la mas pequeña incomodidad. —¡Olvidado! dijo con voz ronca y áspera! ¡Nunca he olvidado yo cosa alguna... ¡Partid pues en nombre del cielo! ¡Jadad más hubiera creído que habiéramos de encontrarnos así.

—¡Y bien! y bien! ¿Me encontráis muy cambiado? dijo Petchorine con bondad y abrazándole: ¡qué quereis! Cada cual tiene su manera de ser...

Al decir estas palabras habia montado ya en su carruaje, y el postillon reunia las riendas. —¡Deteneos, deteneos! exclamó Máximo Maximitch encarándose á la portezuela: casi lo habia olvidado.

Gregorio Alejandrowich, tengo aun vuestros papeles: estan en mi equipaje. Contaba con volverlos á ver en Grusia, y hé aqui que la Providencia nos ha traído á los dos á este punto.

¿Qué quereis que haga de ellos? —Lo que mas os agrade, respondió Petchorine. ¡Adios!

—¿Vais pues á Persia! ¿Y cuándo volveréis? gritó Máximo Maximitch.

Habia puesto en movimiento el carruaje; pero Petchorine hizo con la mano un gesto que podia traducirse en estas palabras:

Tal vez nunca. ¿Y para qué habia de volver?

El sonido de la campanilla y el ruido de las ruedas sobre el pedregoso camino habian dejado de oirse mucho tiempo hacia, cuando aun se mantenía el pobre viejo inmóvil en el mismo punto, sumergido en una distraccion profunda.

—Sí, comencé al fin intentando parecer indiferente, aunque las lágrimas de una esperanza frustrada asomasen á sus párpados, hemos sido amigos sin duda; ¿pero qué es esto mas que la amistad de nuestros dias? ¿De qué puedo servirle yo?

No soy rico ni de elevada alcurnia; pero soy viejo mayor que él. ¿Habeis visto qué elegante se ha hecho desde su regreso á San Petersburgo? ¿Qué carruaje! ¿Qué equipaje! ¿Qué lacayo mas insolente... Y bien: decidme, continuó volviéndose hacia mí, ¿qué pensais de todo esto? ¿Qué mil diablos le llama ahora á Persia?

—Esto es ridículo, pardecid! Si, es ridículo! Siempre he tenido de él la opinion de que era un hombre con el cual no se podia contar. Seguramente seria lástima que se concluyese mal; pero es imposible que no sea así.

Siempre he dicho yo que no podia haber felicidad para el que olvida á sus antiguos amigos.

Dijo, y se volvió hácia otro lado para ocultar su emocion; en seguida se fué al patio y se acercó á la carreta, cuyas ruedas fingió examinar, mientras que á cada instante se llenaban de lágrimas sus ojos.

—Máximo Maximitch, le dije aproximándome, ¿qué papeles son esos que Petchorine ha dejado en vuestro poder? —Bah! ¿qué sé yo? algun diario probablemente.

—¿Y qué vais á hacer de ellos? —¿Qué voy á hacer? Los usaré para cartuchos.

—Entonces dádmelos: es mejor.

Me miró con asombro, murmuró no sé qué entre dientes, y después se puso á registrar su maleta. Al fin sacó de ella un libro de papeles y los arrojó al suelo con desprecio. La misma suerte tuvieron el segundo, tercero y cuarto libro. Habia algo de la cólera del niño en la cólera del capitán, con la cual simpaticaba yo, aunque no pudiese menos de reirme de ella.

—¡Bien! ahí los teneis ya todos, dijo: os felicito por vuestra adquisicion.

—Y puedo hacer de ellos lo que me agrade?

—Poco me importa que hagais de ellos lo que se os antoje, aunque los publicais en los periódicos: en nada me atañe; no soy su hermano ni su pariente. Sí: hemos vivido mucho tiempo juntos bajo el mismo techo; ¿pero con cuántas personas no he vivido del mismo modo?

Me apoderé de los manuscritos, y me apresuré á llevármelos por temor de que el anciano capitán no se arrepintiese de haberme los dado. Poco después se anunció que el Okasia iba á marchar dentro de una hora. Hice que engancharsen los caballos á mi carruaje. Entró el capitán en mi habitacion mientras que yo hacia los preparativos para mi marcha; en cuanto á él, me parecia pensar en prepararse para marchar, y habia en sus maneras cierta rigidez glacial.

—Y bien! Máximo Maximitch, ¿no marchais conmigo?

—No.

—¿Por qué no?

—Aun no he visto al comandante, y tengo que comunicarle ciertas cosas relativas al gobierno.

—Sin embargo, habeis estado en su casa.

—Sin duda, respondió de una manera evasiva; pero no estaba él... y no le he aguardado.

Le comprendí: era quizá la primera vez de su vida que el pobre anciano habia despreciado un asunto del servicio por un negocio particular, y cómo habia sido recompensado!

—¿Ento en verdad, Máximo Maximitch, dejáros precisamente en este momento.

—¿Qué pueden hacer, viejos grosos como yo, con jóvenes elegantes como vos? Hoy la juventud es orgullosa y no piensa mas que en los placeres del mundo. Tal vez en medio de las balas circasianas fuérais aun bastante sociables; pero en otra parte os separais de nosotros, avergonzados sin duda de estrechar la mano de un amigo.

—No merezco semejante reproche, Máximo Maximitch.

—Ah! ved ahí; tengo la costumbre de decir mi modo de pensar. Por lo demás, os deseo toda clase de prosperidades y un viaje feliz.

Nos separamos bastante secamente. El buen Máximo Maximitch, por el capitán de estado mayor, regañon é independiente. ¿Y por qué? Porque Petchorine, por distraccion sin duda, ó por otra causa cualquiera, le habia tendido la mano cuando el viejo de buena gana hubiera abierto sus brazos para una acogida mas afectuosa.

Triste cosa es cuando un joven ve desvanecerse sus mas bellos ensueños, sus mas brillantes esperanzas; cuando se desgarran el velo delica, á través del cual ha visto hasta entonces los sentimientos y las acciones de los hombres; quedale sin embargo la esperanza de reemplazar las antiguas creaciones de su espíritu con creaciones nuevas, que aun cuando no sean menos fugitivas, pueden con todo ser tan agradables como las primeras.

Pero á la edad de Máximo Maximitch, ¿qué compensacion hay posible? El corazon se oprime involuntariamente y el espíritu permanece aislado.

Partí so o.

Ministerio de Cultura



EL EJERCITO DE AUSTRIOS. VISTO DESDE LAS INMEDIACIONES AUSTRIAS.

El ejército de Austria, visto desde las inmediaciones austriacas, se presenta en un terreno elevado y muy favorable a la defensa. Los soldados están dispuestos en un orden regular, y se ven muchos cañones y baterías. El terreno es muy fértil y cubierto de hierba, lo que indica que el campamento debe ser muy cómodo y seguro.

(Continúa)

En el fondo de la imagen se puede observar un gran campamento o fortificación con varias torres y murallas. La escena muestra una batalla en curso, con soldados en formación y un gran volumen de humo producido por el fuego. El estilo gráfico utiliza líneas finas y sombreado para crear una sensación de profundidad y movimiento.

ROMANZA

DE

EL VALLE DE ANDORRA.

ZARZUELA

DEL MAESTRO GAZTAMBIDE.

(108-)

PIANO...

All.^o

pp.

ritard.

Blan - ca ro - sa

1.^a

2.^a

P.

affret.

retard.

pp.

pp. dim. - - retard.

FIN.

EL BUSTO DE BERNABEY... VISTO DESDE LAS INMEDIACIONES ACTUALES.

—No! dispares, negrito, dijo. He reflexionado que en efecto esta muerte sería demasiado dulce para el cara pálido. Que mis guerreros se diviertan con su agonía: le entrego á su cólera. Apenas se pronunció esta orden, cuando las pieles rojas se precipitaron sobre Antonio, blandiendo sus cuchillos y sus mazas. Antonio se puso á ladrar con furor, redoblando la energía de sus lamentos cada vez que un piel roja le amenazaba.

Esta escena, inexplicable para Pedro, terminó de un modo que él estaba muy lejos de esperar ni de prever. A una señal de Yaki, los indios bajaron sus armas, se acercaron con respeto á Antonio, y se apresuraron á romper sus ligaduras. Este, viéndose libre, comenzó á correr apoyándose sobre sus rodillas y sus manos y dando de tiempo en tiempo lamentos de alegría.

—Respeto y protección al espíritu visitado por Dios! exclamó Yaki señalando Antonio á sus guerreros: que sea sagrado vuestro ojo, y que cada uno de vosotros se aproxime á reconocerle si él le llama.

Esta recomendación de Yaki pareció inútil á Pedro, porque muchos pieles rojas volvían ya de sus chozas con maiz y frutas para ofrecer á Antonio.

Cinco minutos después las pieles rojas, incluso Yaki, partían cada uno por su lado, para entregarse á la caza ó á la pesca, y Antonio quedó solo con las mujeres, los viejos y los niños que no podían acompañar á los guerreros y quedaban en el campamento.

Durante las tres ó cuatro horas siguientes, es decir, hasta las nueve de la mañana, Antonio continuó sus grotescas evoluciones, contentando la curiosidad de los niños indios: después, fatigado de tales movimientos, se acostó en el suelo y se durmió profundamente. Los niños se alejaron entonces y fueron á divertirse á otra parte.

Pedro, durante estas tres horas, pasó el tiempo en dar gracias á Dios por la libertad de Antonio, y luego en tratar de explicarse satisfactoriamente esta libertad y los extraños sucesos de que había sido testigo. A pesar de sus esfuerzos, no pudo sin embargo explicarse este enigma.

Una reflexión que no se ocurrió á Pedro, lo cual se comprende fácilmente en su posición, pero que nosotros, simples narradores, no podemos omitir, es notar cuánto el hombre se exalta y amilana, de qué modo un pequeño cambio en su posición muda sus ideas y las trastorna. El día anterior, Pedro creía que después de la pérdida de su hermana, ninguna desgracia podía conmoverle, según lo endurecido que creía su pecho al dolor; y hé aquí que algunas horas más tarde, á pesar de la nueva desgracia que le había sucedido con la locura de Antonio, y no teniendo más esperanza que antes de recobrar á su hermana, daba gracias á Dios, y sentía su corazón inundado de alegría, pensando en la manera milagrosa con que Antonio había evitado la muerte. Esto prueba cuán dañosa es la precipitación, cuán impía la desesperación, y qué terribles consecuencias trae esta pasión detrás de sí. Algunas horas antes no había querido Pedro levantarse la tapa de los sesos, viendo que las pieles rojas ataban á Antonio, acongojado por su desesperación?

Ahora, aunque la posición en que se hallaba era la peor posible, Pedro sintió renacer en sí el valor y la esperanza. La vista de Antonio libre no contribuyó poco por lo demás á inspirarle este nuevo sentimiento: así que no apartaba los ojos de él. Le vio jugar con los niños y luego acostarse y dormir; solememente creyó notar que después de la marcha de los indios su sueño era menos profundo... y hasta que no dormía... Esto era verdad. Antonio, en cuanto se vio sólo, levantó lentamente la cabeza, permaneciendo siempre echado, y dirigió sus ojos hacia el lugar en que la vispera había dejado á Pedro.

—Ahora comprendo su recomendación, dijo; este Antonio, cierto de recobrar su libertad por su sangre fría, me ordenaba que no cambiase de lugar, á fin de hallarme... Pero entonces... Antonio ha perdido su razón... Su locura era astucia... ¡Oh Dios mío! ¡Bendito seas, si no me engaño!

Esta nueva esperanza que acababa de concebir el pobre niño, le hizo seguir con más atención aun los movimientos de su compañero de infortunio. Le vio poco á poco estirar sus brazos y sus piernas, como se hace al salir de un profundo sueño, levantarse en cuatro piés, y correr así ladrando de tiempo en tiempo hacia donde estaban los niños, que acostumbrados ya á su locura, siguieron jugando sin hacerle caso. Antonio se aprovechó de esta indiferencia para dirigirse, siempre saltando, hacia donde había dejado á Pedro, para gritarle: «Venid, os espero»; pero comprendió que una nueva imprudencia hubiera sido tan peligrosa como imperdonable, y calló.

Antonio, muy inquieto por la desaparición de Pedro, volvió lentamente hacia las chozas, seguido siempre por las miradas de aquel.

Llegado que hubo á las chozas, se levantó bruscamente y no pudo contener una exclamación.

—¿De qué puede provenir esta emoción de Antonio? se dijo Pedro mirando aun más atentamente.

Pero de pronto palideció, y sus ojos se llenaron de lágrimas de alegría.

—¡Oh! bendito seas mil veces, Dios mío, por vuestra infinita bondad, murmuró levantando las manos al cielo. ¡Oh! mi felicidad me aboga... es tan imprevista... ¡Oh! gracias otra vez, Dios mío!

Estas acciones de gracias que casi tocaban en el delirio, estaban más que suficientemente motivadas; acababa de ver á Mariquita á su hermana tan querida, que había llorado muerta, y á quien volvía á ver llena de salud y frescura. Estaba á cien pasos de él con aire distraído y melancólico. Hubiera necesitado Pedro una fuerza de voluntad más que humana para permanecer inmóvil y no correr á abrazarla. La pobre Mariquita, tan ajena de pensar que su hermano se hallase tan cerca, acababa de salir de una choza en el momento en que Antonio pasaba, y esta era la causa de la emoción que había sentido el pobre cazador. Dichosamente los niños indios estaban absortos en sus juegos, porque si no el grito de Mariquita al reconocer á Antonio les hubiera hecho sospechar.

Silencio, Mariquita! os lo pido en nombre de vuestra madre, la dijo Antonio en voz baja dando un salto; seguidme sin hacer ver que me conocéis.

Mariquita era una joven tan obediente como valerosa: así es que comprendió la gravedad de la orden de Antonio, y la obedeció. Siguió su paseo, interrumpido apenas, con el aspecto más indiferente que pudo; solamente sus ojos, abatidos antes, brillaban ahora con la alegría de la esperanza. Antonio, á fuerza de recorrer los alrededores del campamento del sitio donde estaba Pedro, y este iba á llamarle, cuando los niños indios, deseosos de divertirse de nuevo con la locura de Pedro, volvieron á buscarle. Antonio ocultó lo que le enojaba esta determinación, y se prestó á todos los juegos de los niños.

—¡Irad, dijo uno cansado de agasajarle, podíamos divertirnos en cazar á la cara pálida.

—Si, si, gritaron los otros: eso es, cacemos á la cara pálida. Y todos ellos rodearon á Mariquita y comenzaron á lanzar espantosos gritos fingiendo asustarla. Era este un juego muy de su gusto y al cual se entregaban siempre que podían, por lo cual la pobre niña no se atrevía á salir de su choza. Esta vez, animada por la presencia de Pedro, ni aun pareció notar este



La Srta. Doña AMALIA RAMIREZ, en la zarzuela titulada *Catalina*.

ruido y empezó á sonreír. Exasperado por la indiferencia de su víctima un piel roja, la asió por los cabellos y la derribó; pero en el mismo instante lanzó un grito, porque Pedro, fiel á su locura, le había mordido en una pierna.

—Cacemos á la cara pálida, gritó el piel roja, que podía tener doce años y á quien la mordedura enfurecía.

—Si, si! gritaron los otros: cacemosla y matémosla. Esto nos hará guerreros.

Los pieles rojas hablando así se armaron de piedras; pero aquel á quien había mordido Antonio, mas vivo ó mas arrebatado, corrió á Mariquita y la hirió en la cabeza con una vara. Mariquita, aturdida por el golpe, que por lo demás no era peligroso, cerró los ojos y lanzó un grito. El piel roja iba á volverse á sus compañeros para recibir sus felicitaciones, cuando lanzando un verdadero rugido de dolor, fue á caer á diez pasos de allí cubierto de sangre: Pedro, olvidando toda prudencia al ver golpear á su querida hermana, había salido de su es-

condite y con un çulatazo había casi abierto el cráneo del piel roja.

La inesperada aparición de Pedro produjo un verdadero golpe de teatro. Mariquita, después de un momento de silenciosa sorpresa, le abrazó, en tanto que los pieles rojas creían ver al diablo en persona, huían por todas partes espantados.

En cuanto á Antonio, olvidando su papel de perro guardián, conservando siempre su serenidad, gritaba levantándose sobre sus piés:

—Ahora que estamos descubiertos, Pedro, los minutos que me quedan para vivir. Dadme mi carabina y huyamos.

Tomando en seguida Mariquita en sus brazos, se echó Pedro con toda su juventud podía apenas seguirle.

Aun no habían andado mil pasos, cuando ya los pieles rojas, advertidos por los gritos de los niños, se ponían en persecución. Dichosamente estaban ausentes los guerreros, solamente los viejos y los enfermos los perseguían; pero los guerreros no podían tardar, y la distancia que nuestros gratificados amigos tenían que recorrer era tan grande, de cien leguas,—que les quedaba muy poca esperanza de capturar á sus enemigos, que esta vez serían inexorables.

Antonio corrió con igual rapidez por espacio de una hora y por fin, anhelante, oprimido, se detuvo.

—Por ahora no hay peligro, dijo dejando en tierra á Mariquita y respirando. No solo hemos tomado la delantera á las pieles rojas, sino que es probable que viendo la inutilidad de nuestra empresa, hayan vuelto á su campamento. Tenemos pues algunas horas de seguridad delante de nosotros, es decir, hasta que los guerreros indios sabiendo á su vuelta nuestra fuga, se pongan á perseguirnos.

—¿Y qué haremos entonces? preguntó Pedro.

—Si el viento continúa soplando como ahora, encenderemos los ramajes y las malezas, y elevaremos una barrera entre ellos y nosotros.

(Continuará.)

LA SEÑORITA DOÑA AMALIA RAMIREZ.

En los primeros días de la temporada teatral de 1854 hizo su primera salida en el teatro del Circo una artista española, casi niña aun, que por primera vez se presentó á recibir el fallo del público.

Habíase encargado de desempeñar la parte de Leonor en la popular zarzuela titulada *El Dominó azul*, y pagaba al recibir en la escena el tributo de timidez y de recelo que es común á todas las artistas cuando dan el primer paso en su difícil carrera. Aun en medio de tan desventajosa circunstancia, la nueva cantante dió á conocer muy pronto sus excelentes facultades, y el público de Madrid, que comenzó animado, acabó colmándola de aplausos.

Aquella artista, casi infantil, era la señorita doña Amalia Ramirez.

Desde la noche que hemos recordado, hasta el final de la temporada cómica, logró formarse una reputación de cantante y de actriz.

Agrupábase en algunas líneas los breves pero interesantes apuntes biográficos de la señorita Ramirez, cuyo retrato en traje de Catalina, una de las zarzuelas que mas aplausos le ha valido, va al frente de este artículo.

Nació la señorita doña Amalia Ramirez el 23 de mayo de 1836 en una quinta situada á las inmediaciones de Baza, hija de D. Ramon Rafael Ramirez, teniente coronel graduado del regimiento de Asturias, y doña Ana del Campo. Su padre aficionado á la música, y bastante aventajado en ella, le dio lecciones desde la mas tierna infancia, y á la edad de siete años ya cantaba con una gracia sin igual cancioncitas ligeras que acompañaban á la guitarra.

Siguió dedicándose á la música como ramo de educación, pero la muerte de su padre, ocurrida en 1849, la privó de los cursos para sostener maestros particulares, y tuvo que recurrir á las lecciones que hasta allí había recibido con tanto aprovechamiento.

La afición de la señorita Ramirez por la música, lejos de ceder en medio de la desgracia y de la falta de dirección que le acompañó, iba en aumento, y su madre logró que fuese admitida en clase de alumna en el Conservatorio: al mes de permanecer en este establecimiento, pasó á la clase de canto, de que el profesor el maestro Valdemosa; en ella permaneció un año, yendo después á la del Sr. Saldoni, en la que estuvo hasta su salida.

En 1854 ganó por oposición en el Conservatorio una plaza de maestra repetidora de canto, con cuyo sueldo y el producido de algunas lecciones particulares atendía difícilmente al sostenimiento de su madre, que desgraciadamente no había adquirido viudedad. Nuestra virtuosa artista era pues á los 17 años el único amparo de una madre viuda, que no contaba para vivir otros recursos que el talento de la señorita Ramirez, más festado casi por casualidad, cultivado á fuerza de constancia de estudio, venciendo todo género de contrariedades y desgracias.

Para terminar estos ligeros apuntes, ponemos una lista de las zarzuelas y piezas italianas que ha cantado la señorita Ramirez.

ZARZUELAS.

El Dominó azul: *El Grumetz*: *El Estreno de una Artista*: *La Cisterna encantada*: *Galanteos en Venecia*: *La Cacería*: *Real*: *Los Jardines del Buen Retiro*: *El marqués de Caravaca*: *El Valle de Andorra*: *Tramoya*: *Aventuras de un cantante*: *Cosas de D. Juan*: *Catalina*: *La cola del Diablo*: *Las bodas de Juanita*.

PIEZAS ITALIANAS.

Cavatina del delirio en la ópera *Lucia de Lammermoor*: *Wals de Venzano*: terceto final de *Hernani*.